

La acequia

VÍCTOR SALAZAR YERÉN

Escuela de Educación Superior Pedagógica San Francisco de Asís
victorsalazaryeren20@gmail.com

A lo largo de los últimos diecinueve años, el poeta César Panduro Astorga (Ica, 1980) ha entregado a su público lector cuatro libros de poesía: *Cuando cae una hoja* (2006), *Memorias de acequia* (2007), *Los lados del agua* (2016) y *La acequia* (El Conde Plebeyo editores, 2025) en los que, el motivo preponderante ha sido el paisaje de Ica.

Dotado de una capacidad especial para el rescate de imágenes sugerentes, Panduro, como buen observador, ha sabido captar los diversos lenguajes de sus elementos observados; con suma paciencia ha venido mostrándonos los múltiples matices de sus dinámicas y toda esa sabiduría “encubierta” que se resiste a la mirada. Más allá de elementos aislados, lo que el poeta vislumbra, son variados ecosistemas que apelan a una comunión sincera entre el hombre y la naturaleza. Ya sea en prosa o en verso, la voz del autor es siempre profusa: a veces sentenciosa, a veces lúdica, pero, en más de las ocasiones, inquisidora y crítica.

La acequia se compone de tres apartados: “La acequia”, “Los lados del agua” y “Cuando cae una hoja”; del conjunto, solo el primer apartado exhibe poemas inéditos; los otros dos recogen textos de anteriores trabajos que, a decir del autor, se incorporan porque aluden a una misma filiación, a “una misma línea cruzada básicamente por el agua” (en entrevista con *Letra Capital*, 15/8/2025).

“La acequia” inicia con “Paraca”, un poema que, en definitiva, se comporta como arte poética que medita sobre el oficio escritural, sobre todo en una ciudad como Ica, en la que la maquinaria editorial —mas no literaria— es todavía incipiente, así como la incertidumbre que genera la difuminación del sentido crítico frente a lo escrito: “Escribir un poema y ver su cadáver / cubierto de tierra y gestos / [...] / saber que no tendrá más vida que / los pocos ojos que



La acequia

César Panduro Astorga
El Conde Plebeyo editores
Ica, 2025, 80 pp.

leerán sus huesos» (p. 13). Siguiendo esta línea indagadora, en el poema “Yca” el autor critica el actual rostro de la ciudad o, en todo caso, lo que los hombres en señal del bienhadado “progreso” han hecho con ella: “Ica te contemplo desde la cima / de la duna Saraja / te veo dormir como un pétalo sucio / [...] / Te contemplo ciudad amada / de mejillas y pistas rotas / de árboles cercenados con saña» (p. 15).

Nótese que la visión del autor respecto de la ciudad no es en ningún modo idílica; es más, cuando se describe la relación del hombre con la naturaleza esta suele ser áspera, juiciosa y suspicaz. En cambio, cuando aborda el paisaje y sus elementos en solitario, su mirada se torna sugerente y aleccionadora. Y es que, lejos de los hombres, el mar, la campiña o los desiertos iqueños siguen avivando viejas cuestiones: “¿Cómo es que el agua sale fresca si el sol incendia / los cetáceos dormidos en la pampa?

/ ¿Qué mano hace el milagro de que corra? / [...] / Todo es enigma” (p. 18).

En esto, Panduro es deudor de la poética de Alberto Benavides Ganoza. En su brevedad y en su mirada curiosa se vislumbra una influencia filosófica. Pero no es la única. El autor poetiza desde su tradición: Luis Navarro Neyra, Abraham Valdelomar, Gustavo Pineda Martínez. Y como ellos cruza las chacras y ofrenda, complacido, la cosecha. A todo ello se suma una música sinuosa en la que el espíritu de Eguren y Lorca son presencias definitivas.

En “Los lados del agua” el personaje principal es el mar de Pisco; de esa observación asoman las respuestas; de sus movimientos y ondear perpetuo, la sabiduría; de sus especies, la mejor alegoría de nuestra convivencia diaria: “Sabemos por los peces que no miraremos dos veces al sol / en un mismo instante y que cada ojo / ve el mal o el bien de distintas maneras” (p. 47). Muchos son los temas que se abordan en esta sección, pero el que más nos complace es cuando el autor mira el paisaje, dialoga con sus elementos y reelabora su fe: “Cuando pienso en Dios, veo a los árboles. / Es la única religión que me queda” (p. 57).

En la última sección, “Cuando cae una hoja”, el poeta nos remite al ambiente familiar, nos devuelve a ese fogón primigenio o a esa acequia de la infancia que no suponen meros escenarios, sino espacios de encuentro y correspondencia, donde la tierra, el aire, el agua y el fuego son elementos que destilan armonía en favor de un panteísmo como ideal de religiosidad.

A pesar de los tintes localistas, *La acequia* de César Panduro Astorga no es un poemario costumbrista; es, sobre todo, una mirada que se inmiscuye en la naturaleza y la vida provinciana para pensar y hablar sobre ella. En ese sentido, es una ofrenda que nos regala a manos llenas.